

10 de Marzo 2024 - IV Domingo de Cuaresma (B)

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Hoy quisiera ofrecer algunos comentarios sobre la justicia, la misericordia y el perdón. Permítanme comenzar entonces con lo que dice San Pablo en nuestra segunda lectura. Nos dice que Dios es rico en misericordia. También dice que nuestra salvación no es el resultado de algo que hayamos hecho. En otras palabras, no se trata de algún tipo de pago por servicios prestados, ni tampoco es la satisfacción de alguna deuda.

Más bien nuestra salvación es un regalo. Fue por su gran amor por nosotros que Dios, que es rico en misericordia, nos ha devuelto la vida cuando estábamos muertos. Esta restauración a la vida es el regalo de Dios para nosotros.

Además, este don nos ha llegado a través del Hijo de Dios. Fue por la muerte de nuestro Señor en la Cruz que fuimos restaurados a la vida. El sufrimiento y la muerte de nuestro Señor en la cruz produjeron muchísima gracia, océanos ilimitados de gracia, una cantidad infinita de gracia, y esta gracia salvadora se aplica a nuestras almas por la fe.

Cuando creemos y somos bautizados, como lo fue San Pablo, como lo fue el eunuco etíope, como lo fue Lidia y su casa, y como fueron tantos otros mencionados en los Hechos, cuando creemos y somos bautizados, entonces esta gracia nos la gana Jesús. Cristo, es derramado en nuestras almas y luego nosotros que estábamos espiritualmente muertos somos restaurados a la vida. Esto lo hace nuestro Dios misericordioso por nosotros por Su bondad y Su gran amor por nosotros.

Entonces, ¿cómo debemos entender esta gran misericordia de Dios y cuál debería ser nuestra respuesta?

Primero, nótese bien que todos estamos llamados a ser misericordiosos. Por ejemplo, Jesús dijo: **“Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso (Lc 6,36).”** Nuestro Señor dice casi lo mismo en una de las Bienaventuranzas: **“Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.”** Está claro entonces que para nosotros la misericordia no es una opción. Más bien la misericordia es una expectativa.

Ahora bien, la misericordia no es un concepto simple. Eso es porque la misericordia implica tanto justicia como perdón. Aquí hay una definición de misericordia: "La relajación de la justicia". En otras palabras, cuando alguien te ha ofendido, o cuando alguien te ha hecho daño, misericordia significa que no lo castigas con todo el peso de la ley. Para decirlo de otra manera, misericordia significa que no les das lo que se merecen. En cambio, les das un castigo menor o quizás ningún castigo.

Ahora creo que todos entendemos el concepto de justicia. En un nivel básico, se trata de justicia. Incluso los niños pequeños entienden esto. Intente darle a un niño un trozo de pastel más pequeño que a otro y se enterará. Dirán: "Eso no es justo". Eso es porque todos tenemos la expectativa de que seremos tratados por igual. Es sólo justo.

En otro sentido, la justicia se mide cuando se han cometido errores. Así que cuando ha habido robo o cuando se ha dañado una propiedad, el culpable debe hacer la restitución.

Cuando se hayan cometido otros delitos, el culpable podrá ser multado o castigado con prisión. Por lo tanto, los actos de injusticia tienen consecuencias, y estas consecuencias están diseñadas para hacer que el culpable pague la deuda de justicia que tiene con la sociedad.

Entonces la justicia se trata de equidad. Se trata de corregir lo que estaba mal. Eso es para la parte culpable, pero ¿qué pasa con la parte inocente? ¿Qué pasa con el que fue agraviado?

Aquí es donde entran la misericordia y el perdón. Estas son cosas que la parte inocente debe considerar y recordar, la misericordia es una expectativa para nosotros. Dios espera que seamos misericordiosos y Dios espera que perdonemos.

Ahora bien, es cierto que podríamos exigir un castigo con todo el peso de la ley. También es cierto que podríamos exigir ojo por ojo y diente por diente. Sin embargo, Jesús sugiere que, en cambio, debemos perdonar y esto es así incluso con nuestros enemigos (Mt 5:38-48).

Por ejemplo, Jesús dice: **"Si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mt 6:14-15)."** Y no olvidéis que incluso se nos enseña a orar de esa manera. **"Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores."**

¿Pero por qué? ¿Por qué tenemos que hacer esto? Porque así nos trata Dios, y San Pablo nos lo recuerda a menudo. Por ejemplo, dice: **"Perdonaos unos a otros, como Dios os perdonó a vosotros en Cristo (Efesios 4:32)."** Y, **"Sed tolerantes unos con otros y perdonaos unos a otros cuando alguno de vosotros tenga alguna queja contra otro. Debéis perdonaros unos a otros así como el Señor os ha perdonado a vosotros (Col 3,13)."**

Así que la misericordia y el perdón van juntos, pero primero viene el perdón y luego la misericordia.

Eso es porque primero tienes que dejar de lado el dolor o la lesión. Tienes que perdonar antes de poder ser misericordioso. De lo contrario, la misericordia es imposible.

En este punto, consideremos por qué Dios es perdonador y misericordioso antes de pasar a considerar por qué debemos ser perdonadores y misericordiosos.

Recuerda que Dios es amor y tiene un gran amor por nosotros. Dios quiere nuestro bien, y nuestro bien supremo es vivir con Él en el cielo. Por eso nos hizo.

Pero tenemos este hecho - nuestros pecados. Como dice San Pablo, “**Todos han pecado y están privados de la gloria de Dios (Rm 3,23).**” Ahora bien, si Dios considerara sólo la justicia y no la misericordia, significaría que nadie iría al cielo, y nosotros todos iríamos al infierno, y eso sería muy malo para nosotros, y eso es algo que Dios no quiere para ninguno de nosotros.

Más bien, Dios quiere lo que es bueno para nosotros. Sin embargo, debido a que Dios es infinitamente perfecto, también debe ser infinitamente justo y, por lo tanto, no puede pasar por alto nuestras ofensas. Las deudas que hemos causado por nuestros pecados tienen que ser satisfechas. Hay que hacer justicia. Pero en Su gran amor por nosotros, Dios se ha ocupado de las cosas. Las deudas que nunca pudimos pagar, han sido pagadas por Su Hijo. Jesucristo ha tomado nuestro lugar.

Para decirlo de otra manera, sería como si pagaras la multa por la infracción de otro. Sería así como si fueras a la cárcel a cumplir la sentencia de otro. Excepto que, en este caso, fue el mismo Hijo de Dios quien pagó tu deuda y la mía, y lo hizo porque no quería que sufriéramos los fuegos eternos del infierno.

Y así, Dios nos perdonó y fue misericordioso con nosotros, y ofrece su gracia y su vida a los que tienen fe, y por eso también nosotros debemos perdonar y también nosotros debemos ser misericordiosos.

La Cuaresma es un buen momento para reflexionar sobre estas cosas. Durante esta temporada, al considerar nuestra propia pecaminosidad y nuestra propia necesidad de misericordia y reconciliación, también debemos considerar cómo hemos respondido hacia aquellos que nos han hecho daño.

Esperamos que los extraños nos fallen, pero lo que no esperamos es que aquellos a quienes amamos y en quienes confiamos también lo hagan y, sin embargo, a veces lo hacen (normalmente en pequeñas formas, pero a veces también en gran medida), y eso puede dejarnos heridas profundas. Cuando un hijo nos roba, o cuando un padre nos abandona o cuando un esposo es infiel o cuando un sacerdote nos hace daño.

Son momentos en los que nuestra fe se tambalea y en los que la confianza puede destruirse para siempre. Sin embargo, si caemos en esa trampa y nos negamos a perdonar, nos endurecemos y nos volveremos fríos e incapaces de amar, y si no podemos amar, tampoco podremos entrar al cielo.

Sería un error pensar que quienes amamos nunca nos dañen. La condición humana es tal que todos fallamos en guardar los mandamientos de amar a Dios y al prójimo. Nadie excepto la Santísima Virgen María está libre de pecado. Además, como todos sabemos, nosotros mismos tenemos defectos y, por eso, todos hemos dañado a otros, incluso a aquellos a quienes amamos muchísimo.

Entonces, si a veces fallamos en amar como deberíamos, ¿cómo podemos esperar que otros no fallen de vez en cuando? Además, si esperamos perdón y misericordia de ellos, y si ya hemos recibido estas cosas de Dios mismo, ¿cómo no vamos a hacer todo lo posible para mostrárselo a los demás? Esto es justo y sería la mayor de las injusticias de nuestra parte no intentarlo.

Así que, a medida que se acerca la Pascua, os animo a que os reconciliéis con aquellos en vuestras vidas. Si alguien te ha hecho daño, elige perdonarlo. Si alguien te ha hecho daño, déjalo ir. Si sujetas algún ira, resentimiento y rencor y considerando formas de vengarse de alguien, considera la misericordia. Comuníquese y vuelva a conectarse con aquellos que realmente le importan antes de que sea demasiado tarde.

Además, si tú fuiste la fuente del dolor, humíllate y pide perdón. Haz eso no sólo con aquellos en tu vida aquí en la Tierra, sino también con Dios en el cielo. De hecho, de eso se trata confesarse.

Sólo Dios ama perfectamente y sólo Dios nunca decepcionará y sólo en Dios se puede confiar completamente, y sólo Dios es rico en misericordia. Pero Él es también nuestro ejemplo. En su gran amor, ha sido misericordioso con nosotros. Hagamos entonces todo lo que podamos para ser también misericordiosos. Amén.